

Antropoceno, perspectivas críticas y alternativas desde el Sur global

Maristella Svampa

Las visiones colapsistas

Vivimos un tiempo extremadamente rico en conocimientos y saturado de información; un tiempo de crisis extensas y probables colapsos civilizatorios que el Antropoceno, en cuanto concepto-diagnóstico, no se ha cansado de anunciar. La bibliografía sobre las probabilidades del derrumbe de la sociedad global es tan abrumadora, que quisiera comenzar apelando a tres textos diferentes, que, por cierto, no he elegido al azar.

El primero es el libro de Jared Diamond *Colapso*.¹ No son pocos los ejemplos de sociedades desaparecidas que lo inspiraron, desde los vikingos de Groenlandia y las ciudades mayas en América Central, hasta el Gran Zimbabue en África, entre otros. Por colapso, Diamond no entiende la desaparición, sin más, de una cultura o una determinada civilización. No postula que la civilización occidental se extinguiría de un día para el otro: el colapso presupone “un drástico descenso del tamaño de la población humana y/o la complejidad política, económica y social a lo largo de un territorio considerable y durante un período de tiempo prolongado”.

Diamond despliega numerosos y complejos factores para explicar la desaparición de una cultura. Por supuesto, la hipótesis del suicidio ecológico o ecocidio deviene crucial, debido a la deforestación, la erosión del suelo, la mala gestión del agua, la sobrepesca, la caza excesiva, la introducción de especies alógenas entre las autóctonas, el aumento de la población, el impacto humano por habitante. Todos estos factores de riesgo están presentes en nuestra civilización, a lo cual hay que sumar agravantes como el cambio climático, el incremento de emisiones químicas tóxicas, la quema de combustibles fósiles, entre otros... Un problema no menor en la actualidad es la mayor amplitud de los impactos; esto es, la gran escala, el nivel planetario que supondría tal desastre. Por último, Diamond no reduce los factores de riesgo a la sola dimensión ecológica; antes bien, los piensa en términos de multicausalidad, para lo cual incorpora la dimensión política e internacional.

El segundo texto, *La quiebra del capitalismo global: 2000-2030*,² del ecologista español Ramón Fernández Durán, señala que el colapso no sería repentino, sino “un lento proceso, con altibajos, pero también con importantes rupturas”. El declive de la civilización industrial podría durar 200 o 300 años. Sus causas: los límites ecológicos del planeta y el agotamiento de recursos, muy especialmente debido a la (in)capacidad de aprovisionamiento de combustibles fósiles. Desde su perspectiva, el gran problema del capitalismo global, basado esencialmente en la civilización del petróleo, es que no cuenta con un plan energético alternativo para sustentar la actual civilización industrial. Ninguna

¹ Diamond, Jared, *Colapso. Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, Barcelona, Debate, 2006.

² Fernández Durán, Ramón (s/d), *La quiebra del capitalismo global: 2000-2030. Crisis multidimensional, caos sistémico, ruina ecológica y guerras por los recursos. Preparándonos para el comienzo del colapso de la Civilización Industrial*, Ecologistas en Acción, disponible en https://www.ecologistasenaccion.org/IMG/pdf/el_inicio_del_fin_de_la_energia_fosil.pdf

fuentes energéticas podrá sustituir el “tremendo vacío que dejarían las energías fósiles en su declive, debido a su intensidad energética”. Nadie ni nada quedaría al margen de este declive, ni siquiera las élites, lo cual no quita que habría –inevitablemente– ganadores y perdedores del colapso civilizatorio. Fernández Durán tampoco descarta que la ambición por conservar como sea la actual sociedad hipertecnologizada pudiera llevarnos a un colapso mucho más brusco, a una crisis sistémica sin transición posible.

El tercer relato, *El colapso de la civilización occidental*,³ escrito por dos historiadores de la ciencia, Naomi Oreskes y Erik Conway, nos sitúa en 2393, bajo la Segunda República Popular China, época en la cual un historiador de esa nacionalidad se pregunta acerca de las razones del colapso de la civilización occidental, que tuvo lugar a mediados del siglo XXI. Ese historiador nos dice que, a la hora de discutir los factores que explican la ascensión y caída de diferentes culturas, los especialistas están lejos de ponerse de acuerdo; sin embargo, respecto de la caída de la civilización occidental, las opiniones son unánimes: a diferencia de otras culturas, los pueblos pertenecientes a la civilización del siglo XXI no desconocían; más aún, *sabían*, eran conscientes de lo que sucedía, si bien fueron incapaces de revertir el proceso. Los efectos devastadores del “Gran Colapso” habrían terminado con los Estados-naciones democráticos –fueran parlamentarios o presidencialistas–. Al compás de la creciente penuria alimentaria y de la expansión de las epidemias, a medida que el nivel del mar aumentaba por causa del derretimiento de los polos, debido al cambio climático, los gobiernos occidentales democráticos habrían ido hundiéndose, uno tras otro, a velocidades vertiginosas, incapaces de desarrollar un amplio plan de contingencia que protegiera y reubicara la población. Pero habría una excepción, China, que, a diferencia de otros países poscomunistas, más allá de haberse incorporado la economía de mercado en el mundo globalizado del siglo XXI, habría conservado un poderoso Estado centralizado, lo cual le habría permitido afrontar la debacle climática relocalizando parte de su población en el interior profundo del país.

Es interesante destacar que no existen lazos de índole político-ideológica entre los autores citados, pero hay consensos básicos que recorren los tres relatos. El primero se refiere a que el derrumbe es leído como una reducción importante de la complejidad, en diferentes planos (económico, social, político, cultural). La complejidad estructural y sus consecuencias ha sido uno de los grandes temas de la sociología clásica. Está ligada a la división del trabajo, al creciente proceso de diferenciación social y especialización laboral, a las clases sociales, a la expansión de las estructuras e instituciones, a la creciente centralidad de la tecnología. Cuánto más compleja una sociedad, más expuesta y vulnerable deviene; o sea, más dependiente de dicha complejidad y de los recursos (energéticos) que la mantienen en funcionamiento. La complejidad organizativa de la sociedad global actual es cada vez mayor, y por ello requiere cada vez más cantidad de energía global per cápita para poder mantenerse. Capitalismo y complejidad van de la mano. Vivimos en sociedades energívoras, petrodependientes,

³ Oreskes, Naomi y Conway, Erik, *The Collapse of Western Civilization. A View from the Future*, New York, Columbia University Press, 2017.

rasgo que se ha ido enfatizando en los últimos cien o ciento cincuenta años. Somos esclavos energéticos, pero, antes que nada, somos esclavos de la complejidad.

Segundo aspecto en común: pese a que Diamond habla de “la sociedad mundial” y Durán del “capitalismo global”, ambos coinciden en que el derrumbe civilizatorio implicaría no solo una baja significativa del nivel de vida, sino también la desaparición de valores políticos democráticos que creíamos fundamentales. Fernández Durán señala que el capitalismo global podría estallar y transformarse en “nuevos capitalismos regionales”, fuertemente autoritarios y conflictivos entre sí, lo cual conllevaría una “refeudalización de las relaciones sociales”, una suerte de “nueva edad media”. Oreskes y Conway llegan a una conclusión similar: el colapso civilizatorio confirmaría que la posibilidad de sobrevivir a un gran desastre aumenta si contamos con un régimen centralizado y un fuerte aparato estatal, lo cual implica, en contrapartida, una pérdida importante de democracia.

Hay un tercer punto en común: a diferencia de las anteriores culturas que colapsaron y terminaron desapareciendo, nuestra civilización está al tanto de los efectos devastadores de su acción. Pero hay algo más. Como nos dice el imaginario historiador chino, habría también obstáculos de orden epistemológico que explicarían la caída de la sociedad del siglo XXI; entre ellos, la “convención occidental arcaica” que imponía la división y el estudio separado de los mundos físico y social. En otros términos, la persistencia de una ontología dualista respecto de la relación entre sociedad y naturaleza, la cual se ha expresado también en el ámbito del conocimiento.

Dimensiones de la crisis: el Antropoceno

El término Antropoceno –del griego, ἄνθρωπος (*anthropos*), *hombre*, y καινός (*kainos*), *nuevo o reciente*– fue propuesto, entre otros científicos, por el químico Paul Crutzen,⁴ en 2000, para sustituir el Holoceno –una edad caracterizada por la estabilidad climática, que duró aproximadamente entre diez y doce mil años y permitió la expansión y el dominio del ser humano sobre la Tierra–, y designa una nueva era geológica en la cual el hombre se convierte en una fuerza de transformación con un alcance global y geológico.⁵

Los factores que justifican hablar del pasaje a una nueva edad son numerosos. Un primer elemento alude al cambio climático, asociado al calentamiento global, consecuencia del incremento de las emisiones de dióxido de carbono y otros gases de efecto invernadero.

El segundo factor de alarma se refiere a la pérdida de biodiversidad, la destrucción del tejido de la vida y de los ecosistemas; pérdida que es acelerada por el cambio climático. Baste subrayar que en los últimos decenios la tasa de extinción de las especies ha sido mil veces superior que la normal geológica.

⁴ Crutzen, Paul J., “The ‘Anthropocene’”, en *Earth System Science in the Anthropocene*, Berlin, Heidelberg, Springer, 2006, pp. 13-18.

⁵ La mejor introducción y síntesis de debates sobre el Antropoceno puede encontrarse en Fressoz, Jean-Baptiste y Bonneuil, Christophe, *L'Événement Anthropocène. La Terre, l'histoire et nous*, Paris, Seuil, 2013.

No solo los ecosistemas terrestres están amenazados. La acidificación de los océanos es la otra cara del calentamiento global, producto de la concentración de dióxido de carbono, que cambia la química de las aguas y pone en riesgo la vida de los ecosistemas marinos.

Donna Haraway,⁶ citando a la bióloga Anna Tsing, sostiene que en el Holoceno todavía eran abundantes las *áreas de refugio* en las cuales los distintos organismos podían vivir en condiciones desfavorables, para luego volver y desarrollar lentamente una estrategia de repoblamiento. Es cierto que las sucesivas extinciones terminaron con una parte importante de las especies, debido a factores exógenos, pero la vida en la Tierra siempre mostró una gran capacidad de resiliencia. Lo novedoso, y también lo drástico, que trae el Antropoceno es que implica la destrucción de espacios y tiempos de refugio para cualquier organismo –animales, plantas o seres humanos–, no solo por la magnitud del proceso, sino también por su velocidad. Todo indica que la aceleración de los cambios dificultaría también la posibilidad de adaptación. En consecuencia, el Antropoceno es menos una nueva edad que una “bisagra”, que nos obliga a reconocer que “lo que viene no será como lo que vino antes”.

Otro de los factores críticos se refiere a los cambios en los ciclos biogeoquímicos, fundamentales para mantener el equilibrio de los ecosistemas. Tal como sucedió con el ciclo del carbono, los ciclos del agua, del nitrógeno, del oxígeno, del fósforo, esenciales para la reproducción de la vida, pasaron a manos del hombre en los últimos dos siglos. El aumento desmedido de la actividad industrial, la deforestación, la contaminación de los suelos por acción de los fertilizantes y del agua están produciendo la alteración de estos ciclos. Por ejemplo, la creciente demanda de energía implicó una modificación del ciclo del agua, a través de la construcción de represas.⁷ Además de la afectación de los ecosistemas, la pérdida de bienes naturales y el patrimonio cultural que queda sumergido para siempre, las represas han generado entre 40 y 80 millones de personas desplazadas.

A esto hay que agregar el aumento de la población mundial. La huella ecológica global de la humanidad excede hoy la capacidad de regeneración de los ecosistemas. Consumimos una vez y media lo que el planeta puede proveer de manera sustentable. De persistir el actual sistema de consumo, para 2030 necesitaríamos el equivalente a dos planetas Tierra para mantener a la humanidad.

Otro de los factores de alarma alude a los cambios en el modelo de consumo, fundado en el esquema de obsolescencia precoz y programada de los productos, que obliga a las personas a renovarlos una y otra vez, en función de la maximización de los beneficios del capital. Este proceso se inscribe, en las últimas décadas, en un movimiento mucho más extenso vinculado a un giro hacia un modelo alimentario de gran escala,⁸ con enormes impactos sobre nuestra salud, sobre la vida de

⁶ Haraway, Donna, “Antropoceno, Capitaloceno, Plantacionoceno, Chthuluceno: generando relaciones de parentesco”, *Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales*, año III, vol. I, junio de 2016, disponible en <http://revistaleca.org/journal/index.php/RLECA/article/view/53>

⁷ Castro Soto, Gustavo, “Efectos mundiales de las represas”, 2009, en *Ecositio*, disponible en <http://www.ecositio.com.ar/node/266>

⁸ Fressoz, Jean-Baptiste y Bonneuil, Christophe, *op. cit.*

animales, plantas y campos, promovido por políticas de Estado, lógicas de *marketing* y poderosos *lobbies* empresariales. Se trata de un modelo construido por las grandes firmas agroalimentarias, que se acompaña de una degradación de todos los ecosistemas: expansión de monocultivos, aniquilación de la biodiversidad, tendencia a la sobrepesca, contaminación por fertilizantes y pesticidas, desmonte y deforestación, acaparamiento de tierras. Todo ello es responsable del incremento de la emisión de gases de efecto invernadero, no solo en el proceso de producción, sino también durante el transporte de los bienes.

Antropoceno, crítica al neextractivismo y alternativas

Para un sector importante de científicos, entre ellos Paul Crutzen, el ingreso al Antropoceno se habría operado a partir de la Revolución Industrial, con la invención de la máquina de vapor y el comienzo de la explotación de los combustibles fósiles. A esta primera fase le seguiría una segunda, llamada “La gran aceleración”, iniciada luego de 1945 e ilustrada por una gran cantidad de indicadores de la actividad humana –desde la mayor petrolización de las sociedades, la concentración atmosférica del carbono y del metano hasta el aumento de represas, pasando por los cambios en el ciclo del nitrógeno, del fósforo y la drástica pérdida de biodiversidad– que dan cuenta de un impulso exponencial de impactos de origen antrópico sobre el planeta desde 1950 en adelante.

Para otros, como el Anthropocene Working Group, compuesto por un grupo de científicos de la Universidad de Leicester y del Servicio Geológico Británico, el planeta ingresó en el Antropoceno más tardíamente. Este grupo hizo pruebas estratigráficas que mostraron en los sedimentos la presencia de aluminio, hormigón, plástico, restos de pruebas nucleares, lluvia radioactiva y aumento del dióxido de carbono, entre otras huellas. En consecuencia, su tesis es que el Antropoceno habría comenzado en 1950, pues la marca que determina ese cambio son los residuos radiactivos del plutonio, tras los numerosos ensayos con bombas atómicas efectuados a mediados del siglo XX.⁹

Para otros analistas, como el historiador marxista Jason Moore, se trata de un proceso de larga duración; habría que indagar sobre los orígenes del capitalismo y la expansión de las fronteras de la mercancía en el prolongado período medieval para dar cuenta de una nueva edad, que él denomina “Capitaloceno”. Los ciclos del capital fueron generando un modelo histórico-geográfico basado en la apropiación rápida y la expansión y diversificación geográfica, una vez agotado el recurso: “¿Se agota la Tierra? Nos movemos a la frontera. Éste fue el lema mostrado en el escudo de armas del capitalismo temprano”.¹⁰

Desde mi perspectiva, hay que estimular el alcance crítico y desacralizador del concepto; pensar el Antropoceno en clave de *expansión de la mercantilización y frontera*, lo cual nos obliga a volver sobre la crítica al capitalismo neoliberal. Esto no significa que haya que abandonar la noción-síntesis

⁹ Véase el sitio web del grupo, <https://theanthropocene.org/topics/anthropocene-working-group/>

¹⁰ Moore, Jason W., “El auge de la ecología-mundo capitalista (II). Las fronteras mercantiles en el auge y decadencia de la apropiación máxima”, *Filosofía, Política y Economía en el Laberinto*, n° 39, 2013, pp. 21-30.

de Antropoceno. Antes bien, resulta imprescindible subrayar la tensión que lo atraviesa, pues se trata de un concepto en disputa, recorrido por diferentes narrativas, no todas convergentes, no solo respecto del comienzo de la nueva edad, sino, sobre todo, de las salidas posibles de la crisis sistémica.

El Antropoceno como diagnóstico crítico nos desafía a pensar la problemática socioecológica desde otro lugar, y conlleva el cuestionamiento de las dinámicas actuales del desarrollo. Instala la idea de que la humanidad ha traspuesto un umbral, lo cual nos confronta a respuestas cada vez más imprevisibles y a gran escala de parte de la naturaleza. No se trata solo de una crisis del *anthropos*. No es solo la vida humana la que está en peligro, sino también la de otras especies y del sistema Tierra en su conjunto.

Es en la periferia globalizada, y a través del neoextractivismo, donde se expresa cabalmente la mercantilización de todos los factores de producción ligados a la actual fase del capitalismo neoliberal.

Si bien es cierto que la explotación y exportación de materias primas no son nuevas en América Latina, resulta claro que en los últimos años del siglo XX se ha intensificado notoriamente la expansión de megaproyectos tendientes al control, extracción y exportación de bienes naturales, sin mayor valor agregado. El neoextractivismo contemporáneo refiere así a un modo de apropiación de la naturaleza y un modelo de desarrollo basado en la sobreexplotación de bienes naturales, cada vez más escasos, en gran parte no renovables, así como a la expansión de las fronteras de explotación hacia territorios antes considerados como improductivos desde el punto de vista del capital. A comienzos del siglo XXI, el extractivismo se cargó de nuevas dimensiones, que pueden ser resumidas de la manera siguiente: aceleración y diversificación de los proyectos, gigantismo o gran escala, incremento del metabolismo social del capital, crisis socioecológica y mayores resistencias sociales. El neoextractivismo presenta una determinada dinámica territorial cuya tendencia es la ocupación intensiva del territorio, a través de formas ligadas al monocultivo o monoproducción. Esta dinámica del capital conduce a fenómenos de desposesión, visibles en el proceso de acaparamiento de tierras, la destrucción de territorios y el desplazamiento de poblaciones.¹¹

Dadas las características reseñadas, la escalada neoextractivista trae aparejado el aumento del conflicto social. Al compás de la expansión de conflictos territoriales y socioambientales, no solo los gobiernos conservadores, sino también los progresistas terminaron por asumir un discurso beligerantemente desarrollista, acompañado de una práctica criminalizadora y represiva de las luchas socioambientales, así como por una voluntad explícita de controlar las formas de participación de lo popular. Dicho fenómeno abre el interrogante sobre los vínculos, siempre tensos, entre neoextractivismo y derechos humanos. La ecuación perversa entre “más extractivismo, menos

¹¹ Svampa, Maristella, *Las fronteras del neoextractivismo en América Latina. Conflictos socioambientales, giro ecoterritorial y nuevas dependencias*, México, Calas, Universidad de Guadalajara, 2018.

democracia”¹² muestra el peligroso desliz hacia el cierre político, en vista de la creciente criminalización de las protestas socioambientales y el incremento del asesinato de activistas ambientales en todo el mundo, particularmente notorio en América Latina.

En ciertos ámbitos críticos de Latinoamérica, ello condujo no solo a debatir sobre las consecuencias del neoextractivismo, sino también a pensar cómo enfrentar la crisis sistémica.¹³ Asumir la crisis socioecológica y civilizatoria que plantea el Antropoceno conlleva el desafío de pensar estrategias que marquen el camino hacia una sociedad posextractivista **y postfósil**. Para ello, es necesario superar las visiones hegemónicas que continúan viendo el desarrollo desde una perspectiva productivista, como si los bienes naturales fueran inagotables, al tiempo que conciben al ser humano como autónomo y exterior a la naturaleza. Asimismo, exige pensar la transición y salida del patrón actual de desarrollo, algo que abarca no solamente el neoextractivismo, sino también los modelos de circulación y de consumo dominantes, para elaborar alternativas integrales y sistémicas.

Desde el punto de vista teórico, es posible pensar la transición articulando dos conceptos cada vez más arraigados en el campo contestatario a nivel global: posextractivismo y decrecimiento.¹⁴ Se trata de dos conceptos-horizonte de carácter multidimensional, que comparten diferentes rasgos: aportan un diagnóstico crítico sobre el capitalismo actual, no solo en términos de crisis económica y cultural, sino también desde un enfoque más global, entendida ésta como una crisis socioecológica de alcance civilizatorio; realizan una crítica a los límites ecológicos del planeta, y enfatizan el carácter insustentable de los **modelos energéticos**, alimentarios y de consumo difundidos a escala global. Por último, son nociones que constituyen el punto de partida para pensar horizontes de cambio y alternativas civilizatorias basadas en otra racionalidad ambiental, diferente de la puramente economicista.

Desde América Latina, la transición se piensa desde nuevas formas de habitar el territorio, algunas de las cuales se hallan en ciernes, otras vigentes, al calor de las luchas y las resistencias sociales que asumen un carácter anticapitalista. Estas nuevas formas de habitar van acompañadas de una narrativa político-ambiental asociada a conceptos como buen vivir, derechos de la naturaleza, bienes comunes, posdesarrollo, ética del cuidado, entre otros. Todos ellos se apoyan en la defensa de lo común, que aparece hoy como una de las claves en la búsqueda de un nuevo paradigma emancipatorio, tanto en los países centrales, donde la lucha en defensa de lo común se define en contra de las políticas de ajuste y privatización (el neoliberalismo) y de la expansión de las energías extremas, como en los países periféricos, donde aquélla se define sobre todo contra las diferentes y múltiples formas del neoextractivismo desarrollista.

¹² Svampa, Maristella, *Debates latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia y populismo*, Buenos Aires, Edhasa, 2016.

¹³ Destacamos especialmente el Grupo de Alternativas al Desarrollo, impulsado por la Fundación Rosa Luxemburgo e integrado principalmente por intelectuales y activistas de América Latina, **así como el Grupo de Alternativas Sistémicas**.

¹⁴ Véase Acosta, Alberto y Brandt, Ulrich, *Salidas del laberinto capitalista. Decrecimiento y postextractivismo*, Madrid, Icaria, 2017.

Para revertir la lógica del crecimiento infinito, es necesario explorar y avanzar hacia otras formas de organización social, basadas en la reciprocidad y la redistribución, que coloquen importantes limitaciones a la lógica de mercado. Desde América Latina y desde el Sur, hay numerosos aportes desde la economía social y solidaria, cuyos sujetos sociales de referencia son los sectores más excluidos (mujeres, indígenas, jóvenes, obreros, campesinos), y cuyo sentido del trabajo humano es producir *valores de uso* o medios de vida. Existe una pluralidad de experiencias de autoorganización y autogestión de los sectores populares ligadas a la economía social y el autocontrol del proceso de producción, de formas de trabajo no alienado; otras vinculadas a la reproducción de la vida social y la generación de nuevas formas de comunidad. Aunque son modestas, de carácter local y limitado, siempre acechadas por la vulnerabilidad, estas experiencias van dejando su huella a través de la creación de un nuevo tejido social, un abanico de posibilidades que es necesario explorar y potenciar.

Por otro lado, en Europa, las múltiples dimensiones de la crisis dan cuenta de la exclusión de vastos sectores no contenidos por una globalización capitalista cada vez más excluyente y desigual, así como de la estabilización de un modo de vida consumista, que impulsa el aceleramiento de metabolismo social del capital (la exigencia de materias primas y de energía). En el marco de una crisis no solo política y económica, sino también cultural, reapareció, a partir de 2008, la idea de decrecimiento, lanzada hacia los años 70. Lejos de la literalidad con la que algunos asocian el concepto de “decrecimiento” (leído como la negación del crecimiento económico), el léxico experiencial desarrollado en Europa en las últimas décadas profundiza el diagnóstico de la crisis sistémica y abre el imaginario de la descolonización a una nueva gramática social y política, en la que se destacan diferentes propuestas y alternativas: auditoría de la deuda, desobediencia, ecocomunidades, horticultura urbana, indignados, reparto del trabajo, monedas sociales.

Enfoques relacionales y vías de la interdependencia

El giro antropocénico tiene hondas repercusiones filosóficas, éticas y políticas; obliga a repensarnos como *anthropos*, pero también nos lleva a replantear el vínculo entre sociedad y naturaleza, entre humano y no humano.

En sus versiones más críticas, el Antropoceno plantea un cuestionamiento del paradigma cultural de la modernidad, basado en una visión instrumental de la naturaleza, funcional a la lógica de expansión del capital. La antropología y la filosofía crítica de las últimas décadas nos recuerdan con insistencia la existencia de otras modalidades de construcción del vínculo con la naturaleza, entre lo humano y lo no humano. No todas las culturas ni todos los tiempos históricos, incluso en Occidente, desarrollaron un enfoque dualista de la naturaleza. No todos los pueblos transitaron el mismo camino, aislándola o considerándola un ámbito apartado, al servicio del ser humano. Existen otras matrices de tipo relacional o generativo, basadas en una visión más dinámica, tal como sucede en algunas culturas orientales, donde el concepto de devenir es el principio que rige el mundo y se plasma en la

naturaleza, o aquellas visiones immanentistas de los pueblos indígenas americanos que conciben al ser humano inmerso en la naturaleza, y no separado de ella.

Estos enfoques toman diversos nombres: *animismo*, para el antropólogo Philippe Descola;¹⁵ *perspectivismo amazónico o amerindio*, para Eduardo Viveiros de Castro.¹⁶ Para Descola, mientras el “naturalismo” (dualismo sociedad-naturaleza) asociado a la cultura occidental se basa en la idea de que el ser humano comparte la misma realidad física que el animal (la corporeidad), distinguiéndose por su “interioridad”, para el “animismo” todos los seres tienen una interioridad similar, pero se diferencian por sus cuerpos. Viveiros de Castro argumenta en un sentido similar. El perspectivismo amerindio afirma que el mundo está poblado por muchas especies de seres dotados de conciencia y de cultura, y que cada uno de ellos se ve a sí mismo como humano, y a los otros como no humanos; esto es, como animales o especies de espíritus. En contraste con la visión moderna, el fondo común entre humanos y no humanos no es la animalidad, sino la humanidad. Ésta no deviene la excepción, sino la regla; cada especie se ve a sí misma como humana, y, por ende, como sujeto. “La humanidad es el fondo universal del cosmos. Todo es humano”.¹⁷

El colombiano Arturo Escobar sostiene:

Antropólogos, geógrafos y ecologistas políticos han demostrado con creciente elocuencia que muchas comunidades rurales del Tercer Mundo “construyen” la naturaleza de formas impresionantemente diferentes a las formas modernas dominantes: ellos designan, y por ende utilizan, los ambientes naturales de maneras muy particulares. Estudios etnográficos de los escenarios del Tercer Mundo descubren una cantidad de prácticas –significativamente diferentes– de pensar, relacionarse, construir y experimentar lo biológico y lo natural.¹⁸

Estas “ontologías relacionales”, como las denomina Escobar, tienen al territorio y sus lógicas comunales como condición de posibilidad. La interrelación genera espacios de sinergia entre el mundo de hombres y mujeres y el resto de los otros mundos que circundan el ámbito de los humanos. Esos espacios se materializan en prácticas, se manifiestan como montañas o lagos, si bien se entiende que tienen vida o son espacios animados, aunque resulte difícil demostrarlo desde la visión del positivismo europeo.¹⁹

Por otro lado, a la hora de repensar el vínculo sociedad-naturaleza desde una perspectiva relacional, la ética del cuidado y el ecofeminismo abren otras vías posibles. Sus aportes pueden ayudarnos a reelaborar los vínculos entre lo humano y lo no humano, a cuestionar la visión reduccionista basada en la idea de autonomía e individualismo. La universalización de la ética del

¹⁵ Descola, Philippe, *Más allá de naturaleza y cultura*, Buenos Aires, Amorrortu, 2005.

¹⁶ Viveiros de Castro, Eduardo, “El cascabel del chamán es un acelerador de partículas”, en *La mirada del jaguar. Introducción al perspectivismo amerindio*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2008.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 36-39.

¹⁸ Escobar, Arturo, *Sentipensar con la tierra. Nueve lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*, Bogotá, Unaula, 2014.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 94-98.

cuidado, como afirma Carol Gilligan,²⁰ abre a un proceso de liberación mayor, no solamente feminista, sino de toda la humanidad.

Esta línea de acción aparece reflejada en el involucramiento cada vez mayor de las mujeres en las luchas contra el neoextractivismo y sus diferentes modalidades. Dichas luchas cuestionan la visión dualista que considera a la naturaleza como algo exterior, pasible de ser dominado y explotado. En este punto crucial, los feminismos populares van tejiendo una relación diferente entre sociedad y naturaleza, a través de la afirmación de la noción de interdependencia, en la cual el ser humano es entendido como una parte de la naturaleza. Por otro lado, este carácter procesual de las luchas conlleva un cuestionamiento del patriarcado, en cuanto modelo de dominación de un género sobre otro, basado en una matriz binaria y jerárquica que separa y privilegia lo masculino. El rol protagónico que actualmente asumen en América Latina las mujeres en las luchas contra la expansión de la frontera extractiva y el acaparamiento de tierras es una ilustración paradigmática de este doble proceso, que va de lo público a lo privado.

Dimensiones de la crisis en América Latina

Hasta hace pocos años se consideraba que América Latina se hallaba a contramano del proceso global marcado por el aumento de las desigualdades sociales. Sin embargo, hacia el final del llamado superciclo de los *commodities*, los indicadores sociales y económicos muestran un panorama preocupante, luego de más de diez años de crecimiento y de ampliación del consumo. Los gobiernos latinoamericanos –sobre todo aquellos progresistas– aumentaron el gasto público social, lograron disminuir la pobreza a través de políticas sociales y mejoraron la situación de los sectores con menores ingresos, a partir de una política de aumento salarial y del consumo; sin embargo, no redujeron la desigualdad. Al no tocar los intereses de los sectores más poderosos, al no realizar reformas tributarias progresivas, las desigualdades persistieron, al compás de la concentración económica y del acaparamiento de tierras.

Así, desde una mirada de más largo plazo, la expansión del neoextractivismo se tradujo por una serie de desventajas, que echaron por tierra la tesis de las ventajas comparativas que durante el tiempo de las vacas gordas del *Consenso de los Commodities*²¹ algunos supieron defender. Por un lado, no condujo a un salto de la matriz productiva, sino a una mayor reprimarización de las economías, lo cual se vio agravado por el ingreso de China, que de modo acelerado se fue imponiendo como socio desigual en la región. Al mismo tiempo, la creciente baja del precio de las materias primas generó un déficit de la balanza comercial que impulsó a los gobiernos a contraer mayor endeudamiento y a multiplicar los proyectos extractivos, entrando de este modo en una espiral perversa.

²⁰ Gilligan, Carol, *La ética del cuidado*, Barcelona, Cuadernos de la Fundació Víctor Grífols i Lucas, 2015.

²¹ Svampa, Maristella, “Consenso de los Commodities y lenguajes de valoración en América Latina”, *Nueva sociedad*, marzo-abril de 2013. Disponible en <http://nuso.org/articulo/consenso-de-los-commodities-y-lenguajes-de-valoracion-en-america-latina/>

Por otro lado, el vínculo entre neoextractivismo, acaparamiento de tierras y desigualdad se ha tornado dramático. América Latina no solo es la región más desigual del planeta, sino también aquella con la peor distribución de tierras a nivel global. El neoextractivismo produjo profundos impactos en el ámbito rural, a través de los monocultivos, lo cual terminó por redefinir la disputa por la tierra en contra de las poblaciones pobres y vulnerables. La expansión de la frontera agrícola se hizo en favor de los grandes actores económicos, interesados en implementar cultivos transgénicos ligados a la soja, la palma de aceite, la caña de azúcar, entre otros.

Por último, más allá de las diferencias internas, los modelos de desarrollo imperantes presentan una lógica común: gran escala, ocupación intensiva del territorio, amplificación de impactos ambientales y sociosanitarios, preeminencia de grandes actores corporativos, democracia de baja intensidad y violación de derechos humanos. En este sentido, América Latina ostenta otro triste *ranking*, pues es la región del mundo donde se asesinan mayor cantidad de defensores de derechos humanos y activistas ambientales.

Esta realidad fue erigiendo nuevas barreras entre las diferentes narrativas contestatarias que recorren el continente, muy especialmente entre, por un lado, los progresismos populistas y desarrollistas, con su vocación estatalista y su tendencia a la concentración y personalización del poder, y, por otro, la gramática política radical, elaborada desde el campo indígena y los movimientos sociales. El pasaje del Consenso de Washington al Consenso de los Commodities instaló problemáticas y paradojas que reconfiguraron incluso el carácter antagonista de los movimientos sociales y el horizonte del pensamiento crítico latinoamericano, enfrentándonos a desgarramientos teóricos y políticos, que fueron cristalizándose en un haz de posiciones ideológicas, difíciles de procesar y resolver. A esto hay que agregar que la actual fase de exacerbación de la dinámica extractiva potencia la crisis en sus diferentes dimensiones. En contraste con épocas anteriores, cuando lo ambiental era un aspecto más de las luchas, nuestros tiempos del Antropoceno dan cuenta de la necesidad de una óptica integral y posdualista.

Pensar las vías del Antropoceno desde América Latina nos lleva a indagar en aquellas experiencias colectivas que se nutren de valores éticos y relacionales. Desde el punto de vista de las alternativas, existen una perspectiva ecoterritorial, de corte propositivo, con énfasis en la agroecología; una perspectiva indigenista, de corte comunitario, con énfasis en la descolonización y el buen vivir; una perspectiva ecofeminista, con énfasis en la ética del cuidado y en la despatriarcalización. Dichos enfoques plantean la desmercantilización de los bienes comunes y la necesidad de afianzar propuestas viables, con base en las economías locales y regionales, las experiencias de agroecología, los espacios comunitarios (indígena-campesinos), entre otros.

En suma, el Antropoceno como paradigma hipercrítico exige repensar la crisis desde un punto de vista sistémico. Lo ambiental no puede ser reducido a una columna más en los gastos de contabilidad de una empresa, en nombre de la responsabilidad social corporativa, ni tampoco a una política de modernización ecológica o a la economía verde, que, *grosso modo*, apunta a la continuidad del

capitalismo a través de la convergencia entre lógica de mercado y defensa de nuevas tecnologías proclamadas como “limpias”. Finalmente, la actual crisis socioecológica no puede ser vista como “un aspecto” o “una dimensión más” de la agenda pública, o inclusive de las luchas sociales. Debe ser pensada desde una perspectiva inter y transdisciplinaria, desde un discurso holístico e integral que comprenda la crisis socioecológica en términos de crisis civilizatoria y de apertura a un horizonte poscapitalista.